

Lunes, 1 de Enero de 2018 **“Santa María Madre de Dios”**

“¡El Señor nos tenga piedad y nos bendiga con su amor!”

Nm 6,22-27 Que Dios te muestre su rostro y te conceda la paz.

Sal 66,2-8 La tierra ha dado su cosecha: Dios nos bendice.

Gal 4,4-7 Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, a rescatarnos.

Lc 2,16-21 Todos se maravillaban de lo que decían los pastores.

El gran deseo del pueblo de Israel se hace realidad estos días: Dios nos regala a su Hijo, la Palabra, encarnada en las entrañas de una mujer. Palabra que llega, que toca y salva. Palabra que nos llena el corazón de paz y de esperanza. ¡Un nuevo año!; y de nuevo la promesa de Dios invitándonos a vivir con Él, a compartir con Él nuestra historia.

¡Dios nos bendice! No hay mejor manera de comenzar el año: Con la sonrisa, la bendición de Dios, el sentirnos sus hijos, pues como dice Juan: **¡Lo somos!**, y lo somos, no por méritos propios, sino por puro amor de Dios, que ansía tenernos en su corazón, que desea que estemos un nuevo año en su presencia.

Es María, la Madre de Dios, quien con su maternidad acompaña con ternura y cariño nuestra existencia. Nos lleva de su mano al calor del Hogar. La que engendra en sus entrañas la Palabra, que viene a hacer morada entre nosotros.

Cuánto tenemos que agradecer a nuestra Mamá, la mamá de Dios; sencilla, humilde, que nos regala, con su Sí, al mismo Dios. No estamos solos, que todo un ejército de ángeles canta con nosotros el amor, las bondades de nuestro Dios. Y nosotros, acogiendo su amor, damos frutos, damos cosecha de bondad y de ternura.

¡Ojalá!, que Dios también encuentre que tenemos un corazón como el de los pastores, que escuchan los cánticos del cielo, que ven a los ángeles hablándoles de Dios y se ponen en camino para adorarlo, para maravillarse a sus convecinos con la buena noticia del alumbramiento del Señor.

Sábado, 6 de Enero de 2018 **“Epifanía del Señor”**

“Dios se te regala, para que tú puedas ser regalo para el otro”

Is 60,1-6 ¡Resplandece que ha llegado tu luz!

Sal 71,1-13 Todos los reyes se postrarán ante Él.

Ef 3,2-6 Los gentiles son coherederos, partícipes de la promesa.

Mt 2,1-12 Vieron al Niño con María y postrándose le adoraron.

¡Levántate, resplandece, que la gloria de Dios está sobre ti!... Hoy, Dios mismo se derrama en nuestros corazones, porque no quiere vernos tristes ni esclavos, nos quiere como niños, con la misma ilusión de los niños que esperan el regalo, que no duermen esperando que amanezca. Nuestro regalo es el mismo Dios, hecho Niño, para que le podamos coger, abrazar, besar; para que podamos mirarlo con ternura, y su presencia despierte en nosotros deseos de paz, esperanza y amor para con los demás.

Danos un corazón juicioso, sensato, que descubra las bondades de tu corazón, para que, junto a Ti, podamos ser salvadores de nuestros hermanos, portadores de buenas noticias. ¡Qué bueno!, que Dios nos invite también a ser colaboradores con Él y llevar ilusión y ternura al mundo. Nos quiere en Él y con Él, para hacer de esta humanidad un mundo mejor, donde no exista el marginado, el pobre, el débil; porque estemos cuidándonos los unos de los otros.

Dios nos quiere revelar el misterio de su amor. Quiere hacer fiesta en nuestros corazones, espera que acojamos con ilusión, el gozo que Él mismo es y que nos trae un amor que cambia la vida.

Los Reyes de Oriente le ofrecen sus dones, pero hoy, es el mismo Dios el que se ofrece como genuino y verdadero don, como primicia, como el mayor regalo que podemos desear y alcanzar los hombres.

¡Ojalá! que, como los Reyes de Oriente, le busquemos para poner a sus pies nuestras vidas y nuestro amor más profundo.

Miércoles, 3 de Enero de 2018

“Tarde te amé, belleza siempre antigua y siempre nueva”

1Jn 2,29-3,6 Cuando se manifieste seremos semejantes a Él.

Sal 97,4-6 ¡Aclamad a Dios toda la tierra, estallad, gritad!

Jn 1,29-34 He ahí el Cordero de Dios que quita el pecado.

Habitas, Señor, en una claridad inaccesible; sin embargo, te encarnas para que te encontremos.

¿Quién nos conducirá hasta ella? ¿Con qué señales, bajo qué rasgos, te buscaré? El hombre te busca, no sabe dónde estás, pero ¡te busca! ¿Quién hará ver tu Luz? Tú, por amor, te haces de nuestra carne, y basta que nos dejemos impresionar por ti, que tu Palabra nos seduzca y enamore. Oímos hablar de Ti, pero vivimos ajenos a tu presencia. Decimos que somos de los tuyos, pero aún no te abrimos la mente y el corazón.

Juan fue testigo de tu presencia en medio del pueblo, no te conocía, pero te reconoció y supo dar testimonio de tu venida, de tu presencia en la historia de la humanidad. Supo que Tú eras el Enviado de Dios.

¡Señor!, necesitamos verte hoy, ayúdanos a ver tu estrella, tu luz, para que iluminados podamos contemplarte y asombrarnos de tanta gracia de Dios que se derrama en nosotros; y demos testimonio de ti, no sólo de oídas, como decía Job, sino porque te han visto nuestros ojos, porque hemos experimentado tu amor.

Mirad que amor nos ha tenido el Padre, para llamarnos hijos, pues, ¡lo somos! Ésa es nuestra herencia: Ser hijos de Dios.

Jesús se hace Palabra viva de Dios, y, cuando la escuchamos y acogemos reconocemos a Dios como Padre, y reconocernos como hijos y hermanos entre nosotros.

Nos falta conversión, reconocer que la Palabra se hace vida, cuando la escuchamos, cuando la acogemos y asumimos. Seamos hijos testigos de su amor.

Jueves, 4 de Enero de 2018

“Si te has encontrado con Jesús, dalo a conocer”

1Jn 7-10 El que no ama a su hermano, no es de Dios.

Sal 97,1.7-9 El Señor ha dado a conocer su salvación.

Jn 1,35-42 Hemos encontrado al Mesías, y le llevé a Jesús.

Quien no ama, no ha conocido a Dios, porque Dios es amor. Somos imperfectos y caemos en debilidades, pero tenemos la misericordia de Dios que nos rescata y levanta en las caídas, si nos dejamos levantar. Nos da la gracia para desear ser amados y vivir como Jesús: **Que pasó por este mundo haciendo el bien.**

En eso consiste el amor, en no dejar pasar ninguna oportunidad de amar, de perdonar, de acoger, de ser misericordiosos con el otro. Los cristianos, no sólo estamos llamados a seguir la Palabra de Dios, sino a encarnar esa Palabra en nuestras vidas, y ser cartas vivas de su amor.

Sabernos salvados, supone vivir el gozo y la alegría de sabernos hijos de Dios, que está presente en nuestras vidas, amándonos, cuidándonos, mimándonos. Es ese amor, llevado al extremo, el que nos redime y salva, el que nos pone en la verdad, en nuestra realidad, y nos conduce y guía por caminos de amor y de paz.

¿Qué buscamos en Jesús? Los dos discípulos de Juan quieren conocerle, le dicen: ¿Dónde vives? Jesús, no sólo se deja conocer, sino que les invita a ser conocido. Les dice: Venid y lo veréis. Y escucharon su voz y experimentaron su amor, conocieron su corazón ¡tan enamorado del hombre!... Ese encuentro les hace ser testigos de la Buena Noticia: Dios ha puesto su tienda entre nosotros, y a todos los que creen en Él les da el poder de ser hijos de Dios.

¡Ojalá! que en esta Navidad nos hayamos encontrado con el AMOR, y podamos decir como Andrés: Hemos encontrado al Mesías.

Sólo el amor nos une a Dios. Quien encuentra y goza el amor de Jesús, encuentra la razón de vivir y el sentido de la vida.

Viernes, 5 de Enero de 2018

“¡Ven, déjate amar, y aprende el buen arte de amar!”

1Jn 3,11-21 Éste es el mensaje: que nos amemos unos a otros.

Sal 99,1-5 Él nos ha hecho, y suyos somos.

Jn 1,43-51 Ése del que escribió Moisés, lo hemos encontrado.

Nuestro mundo necesita descubrir caminos de amor, personas que muestren el amor de Cristo Jesús. El Amor ha puesto su tienda entre nosotros, pero nuestros ojos están cerrados a su luz o miran para otro lado.

Dios es amor, y espera que su amor sea más fuerte en nosotros que la libertad que nos ha dado, porque el amor es constitutivo del ser, y si no está en el hombre pierde la vida de verdad. ¿Dónde puede poner su esperanza? ¿Acaso hay paz y alegría en su corazón?

Felipe se encuentra con Jesús, y escucha que le llamada a seguirle. Ha encontrado el camino verdadero que todo hombre busca. Y esa alegría le lleva a anunciar que ha encontrado el amor de su vida, y por eso invita a otros: ¡Ven y lo verás!, le dice a Natanael.

¿Qué podemos decir de nuestro encuentro con Jesús? ¿Brotan en nuestros corazones las ganas de que otros lo conozcan?

Estamos hechos de y para el amor, somos hechura de las manos del Dios del Amor. ¿Qué nos impide manifestar con nuestra vida el amor que nos da?, ¿qué prejuicios tenemos a la hora de mirar y ver en el otro un hermano?

El amar cuesta, porque es entrega, por eso el hombre necesita ser amado primero, para dar de lo que recibe, y en el gozo brota el amor como manantial.

Teresa de Calcuta decía: *Una sonrisa en los labios alegra el corazón, conserva el buen humor, guarda nuestra alma en paz, embellece nuestro rostro e inspira buenas obras; ¡sonriamos, pues, a todos los rostros tristes, tímidos, enfermos, conocidos, familiares y amigos!*

Martes, 2 de Enero de 2018

“¡Exulta y grita de júbilo, que Dios está en medio de ti!”

1Jn 2,22-28 Quien confiesa al Hijo, posee también al Padre.

Sal 97,1-4 Se ha acordado de su amor con la casa de Israel.

Jn 1,19-28 Yo soy la voz que clama en el desierto.

Confesar, supone dar fe de lo que hemos experimentado, de lo que vivimos. Confesar a Jesús, como Hijo de Dios, supone reconocer la paternidad de Dios, al tiempo que podemos disfrutar de su presencia.

¡Basta ya de soledades, de angustias, de miedos!, que nuestro Dios ha decidido encarnar su amor, su Palabra para estar y vivir entre y en nosotros. La casa de Israel reconoce que su Dios, al que alaban y glorifican, ha estado grande con ellos y por eso están alegres. Recuerdan las promesas hechas por medio de sus Testigos y cómo ha caminado siempre a su lado. ¿Reconoces tú también la presencia de Dios en tu vida? ¿Cuántas personas pone a tu lado que te muestran su amor? ¿Por qué te cuesta tanto manifestar lo amado que eres? ¡Confiésale como tu Dios, como el que te lleva tatuado en la palma de su mano!

Juan es la voz que clama y manifiesta la presencia de Cristo en medio de nosotros. Nos pide que le escuchemos, le conozcamos, pues es nuestro Salvador. Nos lo dice a nosotros como bautizados, para ser poseedores de la Palabra, sus profetas, la voz que el mundo está esperando oír.

Nos cuesta darlo a conocer porque no estamos enamorados. ¿Quién quiere escuchar palabras tristes, sin vida? Aun así, con nuestra pobreza y debilidad, no nos cansemos de predicar, de intentar mostrar su amor, de hablar de Dios. El mundo, nuestro mundo, languidece por falta de palabras de vida y verdad. ¡Acompañémoslas con gestos y actitudes de amor! Demos testimonio, pues hemos sido llamados y elegidos para eso.

Domingo, 7 de Enero de 2018 “Bautismo de Jesús”

“Dios está cercano, se deja encontrar, ¡búscales, acude a Él!”

Is 55,1-11 Por testigo de las naciones te he puesto.

Sal Is 12,2-6 He aquí a Dios mi Salvador, estoy seguro, no temo.

1Jn 1,1-9 Éste es el mensaje que hemos oído: Dios es luz.

Mc 1,6b-11 Tú eres mi hijo amado, en ti me complazco.

Isaías nos invita a mirar a quién nos puede saciar y colmar todas las hambres que tenemos de ser grandes y de amar; pues el hombre está sediento, necesitado de amor.

Jesús, la Palabra encarnada, ha bajado del cielo para darnos testimonio de que somos hijos de Dios; por tanto, llamados a ser testigos de su Paternidad ante el mundo.

No vivamos en tinieblas, en ambigüedades, en miedos, porque Dios está a nuestro lado, con nosotros, para iluminar nuestras mentes y corazones con su luz.

El Bautismo de Juan es de agua, pero Jesús le da una trascendencia mayor. El agua, limpia, pero el bautismo de Jesús es en Espíritu Santo, que nos devuelve la libertad; y así, poder optar de nuevo y personalmente entre el bien y el mal. **Deje el malo su camino y vuélvase a Yahveh, que tendrá compasión de Él (Is).** Dios, no nos quiere lejos de sí, porque sabe que el hombre, cuando va por su cuenta, se pierde, se desorienta, hasta el punto de que, siendo rico, vive en la mayor de las indigencias.

Hoy es un día grande para todos los que creemos en Dios, porque Jesús nos recuerda nuestra filiación paterna con Dios, hasta el punto de poder escuchar del mismo Dios: **Tú, eres mi hijo amado, en ti me complazco.** Sí, Dios se complace en nosotros, se alegra de haber pensado en nosotros y habernos creado. Somos sus hijos. Testigos de su amor, testigos de su Palabra, anunciadores de la Buena Noticia de que Dios está en medio de nosotros, que se ha hecho uno de nosotros para ayudarnos a unirnos con Él.

Pautas de oración

Tú eres mi hijo amado en quien me complazco.



DIOCESIS DE ALCALA DE HENARES